



RECENSIONES

Antonio RIVERA y Santiago DE PABLO, *Profetas del pasado. Las derechas en Álava*, Vitoria-Gasteiz, Ikusager Ediciones, 2014, 752 páginas, por **Carlos Rodríguez López-Brea** (Universidad Carlos III de Madrid).

La obra que tenemos entre manos es la tercera parte de una trilogía dedicada a las culturas políticas en Álava, cuyos anteriores volúmenes fueron *La utopía futura/Las izquierdas en Álava*, de Antonio Rivera, y *En tierra de nadie/Los nacionalistas en Álava*, de Santiago de Pablo. Los autores, dos prestigiosos catedráticos de la Universidad del País Vasco, resultan sobradamente conocidos en sus ámbitos de estudio. Santiago de Pablo es un experto en nacionalismo vasco, coautor de títulos imprescindibles en ese ámbito, como *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco* (que Javier Tusell consideró la mejor obra jamás escrita sobre el nacionalismo vasco) o *La política como pasión. El lehendakari José Antonio Aguirre (1904-1960)*. Antonio Rivera por su parte es estudioso de la historia local de Vitoria (*La ciudad levítica: continuidad y cambio en una ciudad del interior. Vitoria, 1876-1936*) y del movimiento obrero en Euskadi (*Señas de identidad: izquierda obrera y nación en el País Vasco, 1880-1923*).

En esta ocasión ambos profesores unen sus fuerzas para afrontar la más voluminosa de las obras de la trilogía, *Profetas del pasado/Las derechas en Álava*; la larga extensión, casi 750 páginas, está bien justificada si se considera –subrayan los autores– que las derechas españolas “han mandado” casi siempre en Álava, “con procedimientos de gobierno restringido, falseado, autoritario, disputado, dictatorial o falsamente competitivo y democrático”. Hasta la llegada de la democracia, la izquierda y el nacionalismo vasco han desempeñado un papel menor, de mera comparsa.

La obra se estructura en cinco grandes capítulos, que se corresponden con la habitual división de la Historia Contemporánea española: siglo XIX, Restauración, República y Guerra Civil, Dictadura de Franco y Democracia. En cada uno de los capítulos Rivera y De Pablo narran de lo general a lo particular: trazan un perfil general de la situación española, apuntan las peculiaridades de Álava, desde la demografía a la estructura socioeconómica y por último desmenuzan los pormenores de la historia política y de la cultura política derechista, con apabullante riqueza de detalles. Sirva como dato que el libro ofrece un índice onomástico de 1.600 nombres y tiene más de mil notas a pie de página, lo que no está reñido con el uso de un lenguaje claro y didáctico que será del gusto del lector menos experto.

No pocos de esos centenares de nombres coinciden en su apellido (Verástegui, Velasco, Oriol, Urquijo, Ajuria, Guinea, Rabanera, Ortiz de Zarate, Aranegui...), y es que, apuntan Rivera y De Pablo, la historia de las derechas alavesas es sobre todo la historia de unas pocas familias que han manejado los resortes del poder local y provincial hasta hace bien poco (“apenas dos días” escriben los autores), sin que eso signifique que hoy lo hayan perdido del todo; sirva de ejemplo que la figura más relevante del Partido Popular alavés, el hoy ministro Alfonso Alonso Aranegui, es nieto materno de Manuel Aranegui, presidente de la Diputación foral entre 1957 y 1966, el mismo cargo que en los años veinte desempeñó

otro de los miembros del clan familiar, Ramón Aranegui. Si la “genética del poder” fue la primera característica de las derechas, la defensa de la religión católica fue claramente la segunda –y más entre los tradicionalistas que entre los liberal-conservadores–, lo que explica la tardía modernización cultural de Álava. En tercer lugar, las derechas han hecho bandera de la defensa a ultranza del territorio, ligada a la perpetuación de los fueros provinciales, que a finales del siglo XIX derivaron en el actual concierto económico. Familia, religión y territorio, tales han sido las señas de identidad del alavesismo de derechas.

Oportunamente Rivera y De Pablo hablan de “derechas” y no de “derecha”, dada la temprana división de ese espectro en dos grandes corrientes, enemigas y aliadas según les conviniera. Por un lado, el carlismo o tradicionalismo, defensor de Dios, Patria y Rey, gozó de gran arraigo popular, aunque apenas consiguieron “tocar poder” en momentos críticos o violentos, como las guerras carlistas o la Guerra Civil Española; por el otro, la rama liberal-conservadora, fuerista y pragmática, fue la preferida de las grandes familias, que comprendieron que la negociación, y no la guerra, permitía “conseguir cosas” en Madrid e influir en el territorio, manteniendo con ello la lealtad de las clientelas. Si las derechas reaccionarias sumaron más partidarios, las conservadoras y acomodaticias fueron las que realmente mandaron, condicionando y desnaturalizando los “grandes proyectos” que se han querido imponer desde fuera, ya se tratara del igualitarismo liberal, del fascismo de la Falange o del nacionalismo euskaldún, los tres estrellados en el microcosmos de las culturas locales.

El primer capítulo del libro, “Nacimiento como reacción”, explica el origen de la cultura política de la derecha, conformada como reacción a los valores de la Revolución Francesa y del liberalismo revolucionario, cuyo individualismo racionalista desafiaba los dogmas religiosos y el comunitarismo de las sociedades tradicionales. El proyecto nacional liberal creado en Cádiz fue percibido como un ataque a la “libertad”, al interpretarse que amenazaba la continuidad de los fueros; con las urnas o con el fusil se combatió a los liberales en 1812, 1820, 1822 ó 1833, e incluso a Fernando VII cuando el rey absoluto pretendió racionalizar la administración de la monarquía. Tras el abrazo de Vergara (1839), los viejos fueros no fueron derogados, pero tampoco definitivamente confirmados. Fue entonces cuando algunos políticos e intelectuales adscritos al liberalismo moderado, como Pedro de Egaña, Blas López o más tardíamente Ramón Ortiz de Zárate, “inventaron” un discurso legitimador de los fueros que sirvió de punto de encuentro para los elementos más templados del liberalismo y del tradicionalismo: tal fue el origen del “fuerismo”. Dicho discurso pretendía hacer creer que la libertad –incluso la democracia– ya existía en Alava en forma de instituciones forales, por lo que los fueros eran compatibles con el sistema liberal; el éxito del discurso fuerista fue casi inmediato, hasta tal punto que en Álava se le elevó a la categoría de historia oficial. El problema radicaba en que este equilibrio tan artificioso (se ha hablado de “utopía conservadora”) entraba en quiebra cuando gobernaban liberales progresistas, demócratas o republicanos, que en nombre de la igualdad se mostraban partidarios de nivelar las provincias vascas al resto de España.

Se entiende así que la revolución de 1868 fuera percibida en Alava como una desgracia. El carlismo, frenado en las urnas por el sufragio censitario, resurgió espoleado por el sufragio universal, y se hizo con el triunfo en todos los comicios celebrados hasta 1872, fecha en la que una vez más, los apostólicos se “echaron al monte”. Las armas liberales de Alfonso XII consiguieron imponerse en 1876, decretando Cánovas el fin de los preciados fueros como castigo a la contumacia carlista. Aunque el poder de Madrid se hizo más patente en Álava (servicio militar, leyes, impuestos), no era precisamente Cánovas un hombre que creyera en la igualdad entre individuos y territorios; así, “gobernando conservadoramente” –nombre del capítulo 2 del libro–, el estadista malagueño admitió que se

estableciera un régimen fiscal diferenciado en cada una de las provincias vascas (el concierto económico), salvando con ello la ficción del fuero.

Durante la Restauración, el carlismo renunció a la guerra y no sin reticencias de los veteranos, se convirtió en un partido político al uso. La alternativa al carlismo era el liberalismo templado, que tuvo su principal estandarte en Estanilao de Urquijo, banquero, especulador y millonario. Los Urquijo patrocinaron un liberalismo fuerista y conservador y cimentaron su enorme poder en una larga cadena de alianzas y favores, pero también en amenazas y amaños si era preciso. Siendo la lealtad personal –caciquil– más importante que la lealtad política, se comprende que el Partido Conservador no tuviera una verdadera organización en Álava hasta 1910; ni siquiera Eduardo Dato, diputado por Vitoria y varias veces presidente del Gobierno español, pudo sustraerse en Álava al poder de los Urquijo, los mejores “conseguidores” a ojos de los electores de la provincia. Aunque lo habitual es pensar en una lucha sin cuartel entre liberal-conservadores y carlistas, Rivera y De Pablo demuestran que estas dos culturas políticas, tan separadas por su cosmovisión, no desdeñaban el acuerdo cuando el riesgo de perder todo el poder –por divisiones internas o por amenazas externas– aconsejaba negociar concejalías y diputados con el teórico enemigo. Tradicionalistas y conservadores hicieron piña contra la Ley del Candado de Canalejas, cuyo rechazo juntó 50.000 firmas, la mitad de la población censada en 1900. También juntaron fuerzas para combatir al naciente movimiento obrero, pese a su evidente debilidad en Álava. Una dictadura de derechas como la de Primo de Rivera ni pudo ni quiso desembarazarse de este entramado caciquil, si bien los tradicionalistas supieron ganar posiciones y adquirir mayor cuota de poder institucional, bien es verdad que algunos de ellos bajo el paraguas de la Unión Patriótica.

Que el capítulo dedicado a la República y a la Guerra Civil (el tercero) se titule “Contrarrevolución, política de masas y ruptura”, anuncia al lector hasta qué punto Álava se mostró hostil a la experiencia democrática iniciada en 1931. Vitoria fue una de las pocas capitales donde se impusieron los monárquicos el 12 de abril, mientras en la provincia se fue creando un clima que exaltaba la resistencia y el martirio frente a la “República atea”. El carlismo, bajo la denominación de Hermandad Alavesa, consolidó su recuperación, favorecido por el hecho de no haberse identificado con el desprestigiado Alfonso XIII. La Hermandad fue la primera fuerza política en las elecciones a Cortes de 1933 y 1936, bajo la batuta del dúctil José Luis Oriol, un recién llegado, pero que supo imprimir al tradicionalismo local una impronta más moderna, con un potente requeté reflejo de los “tiempos movimentistas” que vivía Europa en los años treinta. Sólo en la capital, Vitoria, el carlismo tuvo la competencia de la católica CEDA, cuyos cuadros estaba formados por profesionales de alta cualificación y sin antecedentes políticos; los autores sugieren que la línea más moderada de la CEDA hubiera terminado imponiéndose en Álava de no mediar la Guerra Civil, dado que las elites provinciales preferían las soluciones conservadoras antes que las extremistas y/o reaccionarias, poco atractivas para el mundo de los negocios. Sabedor de ello, el carlismo de Oriol también jugó en algún momento la carta del pacto. Por ejemplo, colaboró con el PNV en la redacción del Estatuto vasco-navarro de Estella, que pretendía recuperar algunos de los viejos fueros perdidos en 1876, además de consolidar un concierto económico que se suponía de nuevo en peligro; al no ser posible sacar adelante las directrices antidemocráticas y clericales propugnadas por el carlismo, la Hermandad Alavesa abandonó el proceso estatutario y obstaculizó –con éxito– la incorporación de Álava en la autonomía vasca.

No sorprende que el golpe de julio de 1936 tuviera un éxito inmediato en casi toda la provincia, excepción hecha de las zonas del norte próximas a Vizcaya, como Llodio o Amurrio. Sí llama la atención que el triunfo de las armas franquistas se viviera con relativa frialdad y que incluso la represión hacia los vencidos no tuviera el carácter de genocidio que se dio en otros lugares, siendo Álava unas de las

provincias con menos asesinados y ejecutados en guerra y posguerra. Carlistas, cedistas y sacerdotes salvaron a vecinos y amigos con pasado republicano, un ejemplo palmario de cómo los lazos de solidaridad comunitaria pueden acabar imponiéndose al fanatismo político. Estas páginas son de las más sobresalientes del libro, ya que no es habitual cubrir un período tan difícil como la Guerra Civil con tanta objetividad.

“Subsumidos en la Dictadura” es el nombre del largo y profundo capítulo dedicado al período franquista. Si la Guerra Civil no fue en Alava tan dramática, el franquismo tampoco fue una fase de absoluta paz política. La Dictadura respetó el concierto alavés en pago al apoyo mayoritario prestado al golpe en 1936 y también se anduvo con tacto frente al poder de las derechas locales; sin embargo, las familias políticas de la derecha se mostraron más divididas que nunca, pues al tradicionalismo le salió la competencia de los católicos y de los falangistas del Movimiento. Debilitadas por sus soterradas luchas de poder, las derechas alavesas contemplaron cómo las autoridades nacionales (“Madrid”) ejercían las funciones de arbitraje y de mediación que antes correspondían a los caciques locales. Rivera y De Pablo subrayan que la paz política de la que presumió el franquismo fue aparente y superficial, aunque se cubriera con el manto de un partido único, la FET y de las JONS. Si bien el carlismo se creyó con derecho a ejercer el monopolio del poder provincial, los falangistas tenían el control de las principales instituciones del partido, como la Obra Social del Movimiento, e incluso admitieron a antiguos nacionalistas e izquierdistas para ensanchar su base social; por su parte los católicos –con o sin militancia previa en la CEDA– eran los preferidos por Madrid por su elevado nivel de preparación, pero no fueron capaces de organizarse como un grupo propio. Tampoco faltaron sincretismos y reubicaciones, como fue el caso del efímero bloque “octavista-falangista” que juntó a radicales del carlismo y del falangismo para defenderse de los arribistas.

En todo caso, esas luchas resultaban desconocidas para la mayoría de los alaveses, que vivieron el franquismo con general atonía, sin mostrar entusiasmo ni rechazo y conformándose con “lo que había”. El verdadero cambio tuvo lugar a finales de los años cincuenta, con la industrialización y la llegada de una primera oleada de inmigrantes provenientes de las provincias limítrofes. Ya en 1954 el ayuntamiento capitalino aprobó un primer Plan General de Ordenación Urbana que estableció unos criterios para el crecimiento de Vitoria y frenó la especulación, tan común en otros focos industriales del País Vasco y de España. La cooperación entre las instituciones, la caja provincial de ahorros y la Iglesia católica permitió establecer nuevas empresas, construir nuevas calles, edificar polígonos y barrios obreros relativamente dignos. La modernización social, derivada de la transformación económica, trajo consigo nuevos conflictos, impensables en una ciudad hasta entonces levítica como Vitoria; relatan los autores que el jefe provincial del Movimiento se enfrentó con el obispo Peralta, que pretendía separar a hombres y mujeres en las piscinas públicas: algo estaba cambiando, también en el seno del franquismo. Más allá de esta anécdota, lo que realmente entró en quiebra con la industrialización fue aquella comunidad moral que en el pasado había apuntalado el liderazgo de las familias “de siempre”. Nuevas clases medias y obreras se abrían paso, y de hecho, las elecciones municipales del tardofranquismo auparon a una nueva generación de dirigentes elegidos como concejales “sociales”, gentes de Acción Católica, progresistas, líderes vecinales y obreros, jóvenes empresarios, etc. que confirmarían al poco la generación de la Transición (José Angel Cuerda, María Jesús Aguirre, Pedro Morales Moya o Alfredo Marco Tabar). Hubo incluso una matizada recuperación de la cultura vasca que culminó, ya muerto Franco, con el izado de la ikurriña por acuerdo de la última Diputación Foral de la dictadura. Como bien apuntan De Pablo y Rivera, “a veces se olvida que parte de

esta revitalización de la cultura vasca a partir de los años sesenta fue suscitada por no nacionalistas, y también por derechistas integrados en el franquismo, en especial de origen carlista”.

Pero el carlismo terminaría siendo una de las ilustres víctimas de la Dictadura. Las disputas internas en la Comución, el giro izquierdista del pretendiente Carlos Hugo y la eclosión del nacionalismo vasco dejaron al tradicionalismo sin espacio político y sin apenas simpatizantes; en el mejor de los casos, los alaveses lo percibían como una venerable reliquia del pasado, pero incapaz de afrontar los retos de una sociedad industrial. Si la desaparición del carlismo fue una de las novedades que trajo la democracia, la otra, analizada en el último capítulo del libro (“Compitiendo sin ventajas”) fue la adaptación de las derechas al mercado electoral, sin caciques de por medio. La matanza de Vitoria de enero de 1976, que se saldó con la muerte de cinco obreros a manos de la policía, fue un lastre para los nostálgicos de la dictadura, y en particular la Alianza Popular de Fraga, desplazada del mapa político a pesar del tradicional conservadurismo de Álava. El espectro moderado lo ocupó en cambio hasta 1980 la UCD de Adolfo Suárez, en competencia con un PNV capaz de atraerse a sus filas a algunos de los concejales sociales más populares durante el franquismo, como Cuerda o Aguirre. En todo caso, UCD no se creó en Álava como una plataforma ajena, sino como una agrupación independiente de electores que solo en el último momento decidió colaborar con Suárez, operación que se saldó con un inesperado éxito, puesto que los centristas consiguieron ganar en 1977 y 1979, sumando apoyos tan inesperados como el de una parte de la Hermandad Alavesa, ya a la deriva. En Historia –y la Transición es un magnífico ejemplo– no todo está escrito, y mucho menos “atado y bien atado”. Tampoco las realidades son inmutables; si en 1931 la cuestión religiosa y el encaje de Alava en Euskadi fue motivo de graves enfrentamientos, en la Transición las cosas transcurrieron de otro modo, siendo muy pocas las voces que se alzaron contra el Estatuto de Guernica.

Lo dicho no significa que la derecha españolista se hubiera esfumado en Álava, solo estaba a la espera de tiempos mejores. Dividida y lastrada por su apoyo al dictador, su electorado encontró acomodo en UCD, y desaparecida ésta, se refugió en un PSOE con vocación de partido *catch-all* o en un PNV cuyo nacionalismo era aún tibio. El desgaste de estas alternativas resucitó a las derechas –conservadoras y reaccionarias– en una nueva casa común, el Partido Popular de José María Aznar. Aunque el liderazgo popular estuvo inicialmente ensombrecido por el “fenómeno” Unión Alavesa, un grupo conformado por disidentes del PP, los de Aznar terminarían por monopolizar la derecha a finales de los años noventa, asumiendo el alavesismo como parte de su ser. Precisamente esa cerrada defensa de “lo alavés” tendría mucho que ver con el fracaso del Plan Ibarretxe, que la derecha local interpretó como una imposición de las elites políticas de Vizcaya. El PP de Álava demostró ser un grupo compacto y sólido, curtido en los años más duros del terrorismo etarra, con nueva dirigencia –aunque los viejos apellidos sigan presentes– y con un nuevo discurso, capaz de sobrevivir a la competencia política de una moderna democracia. El PP suele ser el partido más votado tanto en la provincia como en la capital y ocupa con regularidad la alcaldía y la diputación general, aunque en las últimas elecciones un pacto a varias bandas los haya desalojado de ambas instituciones.

Hasta aquí lo mucho que se aprende con estos *Profetas del pasado*. El lector agradece que De Pablo y Rivera hayan firmado un libro valiente y desmitificador, al tiempo que sistemático, claro y erudito, edificado sobre amplia bibliografía y material de archivo. Los autores huyen del cómodo apriorismo, argumentan con sencillez y desarrollan conclusiones que resultarán sorprendentes a los amigos de los tópicos. Por todo lo dicho, estamos ante una obra necesaria y ejemplar en el sentido estricto de la palabra, porque establece un modelo para futuros empeños. Investigando izquierdas y derechas, ¿sería utópico o profético pedir un estudio similar para cada una de las provincias españolas?